

Conversación con la vendedora de flautas

-Buenas tardes señora, ¿ustedes venden flautas?

-Hola. Sí, vendemos-respondió la empleada del negocio de instrumentos de música mientras caminaba hacia el estante correspondiente para mostrármelas.

-Ah, ¡qué bueno! -me alegré- Yo estoy buscando una flauta travesa del siglo XIX.

La mujer frenó en seco, se dio vuelta y me miró sorprendida.

-¿Cómo? ¿Del siglo XIX? Pero... pero esto no es un museo- me advirtió volviendo hacia mí.

-Ah. Claro -balbuceé.

-Pero fijate qué curioso -observó-. Mirá vos, trabajo en este negocio hace más de diez años. En todo ese tiempo, pocas veces me han pedido una flauta travesa. Y jamás del siglo XIX. Y ahora, en sólo una semana, vos sos la segunda persona que me hace referencia a este refinado instrumento musical.

Abrí los ojos como dos luceros.

-¿Quién le habló en esta semana de una flauta travesa del siglo XIX?-pregunté ansioso.

-Mirá, el otro día estuvo por acá una señora. Una mujer sencillita. Muy respetuosa. En realidad... fue raro. Me preguntó si yo conocía al dueño de la flauta que ella tenía en ese momento entre sus manos.

-¿Cómo era la flauta? -le pregunté al vuelo.

-No te podés imaginar lo que era esa flauta travesa. ¡Qué belleza! Una exquisitez. Me pareció que era de plata bañada en oro. Con eso te digo todo. Yo jamás había visto semejante instrumento musical. Y mirá que he visto muchos por acá. Y ya te digo, la señora me preguntó si yo conocía al dueño de esa maravilla.

-¡Y usted qué le respondió? -pregunté carcomido por los nervios.

- Le dije la verdad. Que no lo conocía. Obvio. ¿Qué otra cosa le podía decir?

-¿Y qué más? -la apuré.

-Ella quería dejarme acá la flauta traversa. Quería dejarla en el negocio por si aparecía el dueño.

-¿Y se la dejó?- disparé emocionado, deseando que me dijera que la tenía con ella, a un par de metros de distancia.

-Noooo. Yo le dije que no me animaba. Para mí era un compromiso tener semejante joya en el negocio.

-No la aceptó... deduje desilusionado.

-Claro que no la acepté. Era mucha responsabilidad para mí, imagínate tener algo tan lujoso en el negocio y sin conocer al propietario. Qué lástima que no viniste la semana pasada. Además, cuando le pedí el celular o un teléfono fijo para avisarle si acaso aparecía el dueño, me dijo que no tenía.

De pronto la mujer recapacitó y me preguntó.

-Disculpame. ¿A qué vienen tantas preguntas? Acaso vos... ¿tenés algo que ver con esa flauta?

Me sinceré:

-Sí. Bueno... esa flauta traversa era de mi bisabuelo. Ahora es de mi mamá.

La mujer me miró como si yo fuera el heredero de un gran reinado.

-Pero... ¿Por qué la tiene esa señora que vino el otro día? No entiendo... Y... ¿Por qué no viene tu madre a preguntarme por la flauta? Disculpame, pero vos sos un poco menorcito para andar preguntando por esa perla. La verdad, no entiendo mucho; esa flauta traversa que yo vi la semana pasada es asunto de personas mayores.

-Es una larga historia. Pero si prefiere, puede venir mi abuelo a conversar con usted.

-No hace falta que venga porque ya te digo que no la acepté. Pero digo yo... esa mujer, ¿no tiene otra forma de devolverle la flauta a tu mamá? ¿No la puede llevar a tu casa? Es un poco raro todo esto...

-La señora no tiene nuestra dirección. Bueno, en realidad, ... sí... balbuceé -tiene otra forma. No. Mejor dicho, la tenía antes. Su hija iba a dejarla en una bolsita de nylon atada a la rama de un árbol de una placita abandonada.

La mujer empalideció. Se llevó las manos a la cabeza, abrió grandes los ojos y la boca y visiblemente espantada fue desmenuzando poco a poco parte de mi respuesta:

-En... la... ra... ma de un ár... bol. Una... flau...ta del siglo... XIX... Perdóname, cada vez entiendo menos- me dijo al final de un tirón.

-Y... Es parte de la larga historia. Lo que le agradecería mucho es saber si acaso la señora le dijo algo más. ¿No le dejó su dirección por ejemplo?

-Después tuvimos una conversación un poco rara. Aunque no tan rara como esta que tengo ahora con vos, te aclaro.

Asentí bajando humildemente la cabeza,

-Imaginate, la señora insistía en dejarme la flauta y yo me negaba. Me dijo que no sabía cómo devolvérsela al dueño, me explicó algo de un árbol rodeado de altas rejas que no entendí bien a qué venía el cuento. Después, me preguntó los precios de las flautas que yo tengo acá en venta. Parece que la hija sueña con formar parte de una orquesta.

-¿Y qué más?

-Me contó que la hija estaba internada en un hospital porque se había roto la pierna.

-¿Tiene alguna otra referencia de esa señora?

La mujer meneó la cabeza

-Algo. Más bien poco. Como te conté, ella quería comprar una flauta para la hija. Cuando le informé los precios, sacó todas las monedas que tenía en una bolsita de nylon y empezó a contarlas. Ya te dije que era una mujer sencillita. Te lo digo con todo cariño. Yo la miraba contando las monedas y me daba cuenta que le sería imposible comprar ni la mitad de la mitad de la flauta más económica de este negocio. Me atreví a decirle que mientras tanto, use esa flauta tan valiosa. Me dijo que era lo que estaba haciendo la hija pero lo que más les importaba a las dos era devolverla a su dueño. Y por eso quería comprar una. Le ofrecí comprarla en cuotas. Me dijo que no tenía cuenta en un banco ni nada parecido. Le ofrecí que venga cada mes a pagarme directo a mí. Yo sé que eso es un riesgo, pero me jugué. La mujer me inspiró confianza. Hasta eso me animé. La vi tan buenita. Me dijo que le resultaba un compromiso y que además estaba por mudarse de barrio y que no sabía bien, cuándo volvería a andar por esta zona. Al final, no nos quedó otra que despedirnos. Nos dimos un cálido abrazo como si nos conociéramos desde siempre. Le deseé lo mejor a ella y a su hija. Y ahí terminó todo. Ojalá que esto que te conté le sirva a tu madre para recuperar su invaluable flauta.

-¡Espero! Muchas gracias por toda la información.

Ahí mismo le dejé el número del celular de abuelo por si acaso aparecía de nuevo la mujer o la hija con la flauta.

-Por supuesto, les avisaré enseguida -afirmó cuando nos despedimos.

Salí del negocio abombado por la cantidad de información. Después me di cuenta que, con tanta charla, me había olvidado pedirle el precio de una flauta traversa del siglo XIX. Volví al negocio a preguntarle.

-Imposible saberlo- me respondió-. Pero tratándose de un instrumento tan antiguo... mmm... debe valer unos cuantos miles de dólares. Y en el caso de la tuya, digo, la de tu madre, que me pareció que era de oro, ya ni sé, qué sé yo, tal vez algunos millones.

Me quedé congelado. ¿Cuántos días, meses, años debería dedicarme a los jardines para comprarla? La pregunta quedó en el aire. No tenía la menor idea de la respuesta.

Me fui directo a lo de abuelo. Estaba deseando contarle lo antes posible mi conversación con la mujer del negocio. Traté de no olvidarme ni al más mínimo detalle. Creo que lo logré. Abuelo me escuchó atentísimo. Como si yo fuera el único ser que existiera en el planeta.